

Nota del editor: Anterior a la publicación en el medio digital de este documento, se ha realizado una revisión en la cual se corrigieron errores ortológicos y tipográficos. Además, se han completado nombres de personas y referencias bibliográficas.

UNA OBRA POCO CONOCIDA DEL ARQUITECTO FRAY DOMINGO DE PETRÉS

LA CATEDRAL DE ZIPAQUIRÁ

Estudio de restauración, obra realizada y memoria histórica de la misma. Último estudio que escribió, antes de su muerte, el arquitecto Carlos Arbeláez Camacho.

UNA OBRA POCO CONOCIDA DEL ARQUITECTO FRAY DOMINGO DE PETRÉS: LA CATEDRAL DE ZIPAQUIRÁ

A escasos cincuenta kilómetros de Bogotá, se encuentra la ciudad de Zipaquirá, famosa por sus explotaciones de salinas, las cuales, tal como ha podido ser comprobado, tuvieron lugar mucho antes de la llegada de los españoles a la altiplanicie. Por ser Zipaquirá paso obligado en el viaje a Chiquinquirá, famoso santuario de Nuestra Señora, el fraile capuchino Petrés, en sus frecuentes idas y venidas a ese lugar, primero para procurar la estabilidad del antiguo templo y, luego, para dar traza al nuevo santuario, conoció la situación lamentable de la fábrica zipaquireña y las intenciones de los feligreses de ampliarla. Fray Domingo fue solicitado para un informe al respecto, el cual dio satisfactoriamente. Poco después se le encomendó la traza y la erección del nuevo templo, lo cual tuvo lugar en 1805. La muerte del arquitecto acaecida el 19 de diciembre de 1811, interrumpió los trabajos a la altura de la primera cornisa. La terminación corrió a cargo de muchas manos, sin mayor talento la mayoría de ellas y, desde luego, con desconocimiento total de las intenciones del arquitecto-fraile al respecto.

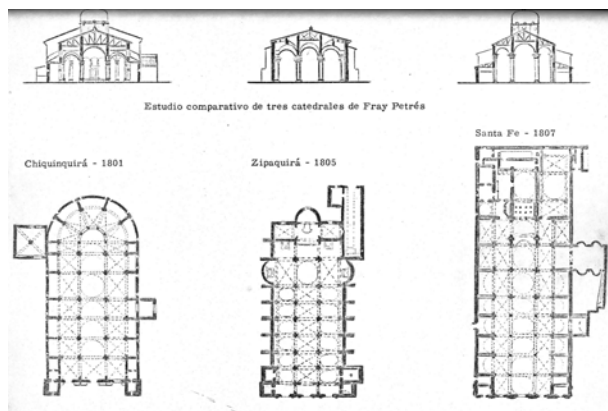


Figura 1. Estudio comparativo de tres catedrales de Fray Petrés. Chiquinquirá (1801), Zipaquirá (1805), Santafé (1807).

Por deferencia del actual obispo de Zipaquirá, monseñor Buenaventura Jáuregui, me fue solicitado estudiar los necesarios arreglos, rehabilitaciones y restauraciones a la fábrica, en forma que, de vivir su arquitecto, no tuviera él mayores quejas por las obras de terminación, como sí, las habría tenido de conocer la tarea realizada a lo largo del siglo pasado en su catedral y por concepto de la terminación de las obras. Los trabajos aludidos, tanto en su etapa de investigación histórico-arquitectónica como en la de planeamiento, constituyen la esencia de estos párrafos, en los cuales se verá, cómo sólo se pretendió limpiar de «pegotes» una estructura sincera e interesante para dejar vivo el espíritu que animara a nuestro arquitecto neoclásico, el capuchino valenciano fray Domingo de Petrés. De paso, traigo a cuento un interesante análisis realizado recientemente, el cual consistió en la comparación gráfica de las tres catedrales petresianas construidas en territorio neogranadino: Chiquinquirá (1801), Zipaquirá (1805) y Santafé (1807). (Figura 1).

Algunas anotaciones de carácter histórico

El primitivo templo se erigió en los primeros años del siglo XVII, sin duda alguna dentro de las características que hemos dado en llamar las del templo doctrinero: nave única cubierta por dos faldones, antecapilla con espadaña, arco toral bien

* N. del E.: Aunque en el original las notas 1, 2, 3 y 4 están asignadas, los textos de las notas no existen.

pronunciado, techumbre en par y nudillo y, posiblemente, las cuatro posas en la plaza. El albañil encargado de esta obra fue Rodrigo de Llénez. Más adelante, en 1726, gracias a las buenas gestiones del corregidor don Pedro de Tovar y Buendía, se reedificó el templo según dicen los documentos consultados. Parece desprenderse de dichos relatos, que la reedificación consistió más en una reestructuración que en otra cosa. En ese templo remozado se firmaron, años más tarde (8 de junio de 1781), las capitulaciones de los Comuneros, primer brote de libertad surgido en territorio neogranadino.

Según el biógrafo de Petrés, presbítero Antonio de Alcácer, en el primer año del siglo siguiente, el corregidor y justicia mayor de Zipaquirá, don Manuel Villarroel y Vizconde, citaba a los maestros de albañilería y carpintería de la ciudad para que reconociesen y certificaran bajo juramento el estado de la iglesia parroquial. Sus informes fueron en extremo desalentadores, pues al poco tiempo escribía el Corregidor al Señor Virrey, informándole del estado fatal de la Iglesia de esta parroquia, que está expuesta a una inmediata ruina: el retablo mayor ha sido ya preciso quitarlo, y los fieles por temor no asisten a los divinos oficios...*

Petrés parece haber visitado por primera vez la antigua iglesia en 1799, según parece desprenderse del informe por él dado el 2 de enero de 1801, a instancias del Corregidor.

Unos pocos años después, volvió a informar sobre lo mismo, esta vez sugiriendo la demolición del templo para reconstruir en su lugar uno de mayor tamaño. Las autoridades accedieron a dicha propuesta y fray Domingo contrató, en esa oportunidad, la traza y construcción de una nueva fábrica, a la cual se dio comienzo en 1805. Las dificultades en la obtención de los fondos necesarios así como en conseguir buenos albañiles y canteros, obstaculizaron el normal desarrollo de las obras. La muerte del arquitecto, unida a la difícil situación política, paralizó totalmente la construcción.

La mano del arquitecto llegó hasta la primera cornisa. De ahí en adelante, según lo anota el reverendo padre Roberto María Tisnés, varias personas intervinieron en el diseño de las torres y el segundo cuerpo central, así como en su tímpano. Ninguna a mi juicio, supo igualar la mano maestra de Petrés. Todas ellas falsearon, si se quiere, sus claras intenciones, creando un clima de caos, desconcierto y evidente falta de armonía. El tímpano semicircular y las extrañas cornisas intermedias demuestran absoluto desconocimiento del lenguaje y espíritu arquitectónicos, propios de un individuo formado en el ámbito del neoclasicismo, discípulo del escultor Francisco Salzillo en la escuela de diseño de Murcia, posteriormente Academia de Bellas Artes. La notable influencia del arquitecto Diego de Siloé, que es notoria en la obra de Petrés, por lo menos en cuanto a la fachada se refiere y por obra

y gracia de sus continuadores, desaparece totalmente. En el interior, tal como lo habremos de apreciar más adelante, se conservan algunos rasgos evidentes de esta benéfica compenetración del arquitecto Petrés con el genial maestro de la catedral granadina, iniciador, a su vez, de un interesante proceso que habría de culminar en la conformación de un modelo al cual, con justicia, se le pudiera denominar «la catedral española».

Precisamente fue de esa maraña superdecorada, de un mal gusto indecible, que quiso el actual obispo de Zipaquirá rescatar su catedral, buscando, ante todo, liberar las líneas arquitectónicas originales, hoy desaparecidas bajo un manto de chabacanería arquitectónica que también la hay para dejar, ante la vista del observador, la realidad que su arquitecto quiso llevar adelante y que la muerte inexorable impidió.

En mi tarea, difícil a todas luces, sólo he pretendido ejecutar una obra de «limpieza estética». En ningún momento me he propuesto crear elementos propios a mi personal formación arquitectónica. He buceado a fondo en la obra de Petrés, en sus trazas de las cuales se conocen muy pocas, en la obra que le fuera contemporánea y que correspondiera al espíritu arquitectónico de su época y, en fin, en los escritos de carácter profesional que se conocen de él, en donde algún destello de su genio pudiera vislumbrarse. De ese material, mudo hasta ahora

para muchos, he pretendido no sé si lo he logrado derivar un mensaje estético-arquitectónico, un pensamiento, un ideal para trasponerlo en las zonas de esta obra que no pudieron ser dirigidas por el propio arquitecto y que, por tanto, demeritan las que sí recibieron su impulso.

Paralela a esta labor de reinterpretación arquitectónica, se desarrolló una tarea de carácter estructural, la cual permitió el refuerzo en la cimentación de las torres, afectadas por recientes temblores. Hasta ahora, sólo se ha logrado cumplir esta primera y necesaria etapa. Se inician ya tareas en la limpieza del interior, para esperar, pasados algunos meses, financiar la rehabilitación de la fachada, la cual, por su delicado trabajo de cantería, representa una fuerte inversión, muy superior a las posibilidades económicas de la diócesis.

LA FACHADA DE LA CATEDRAL

La extraña solución, mezcla de aportes petresianos y de otros maestros, no tan expertos como el valenciano, consta de un tramo central de dos cuerpos, y dos torres de tres cuerpos cada una. Sobre el tramo central y en la calle del medio, se eleva un extraño tímpano de forma casi semicircular, cuya altura llega aproximadamente hasta la cornisa superior de las torres. Además, las pilastras inferiores, continuadas en el segundo cuerpo, se

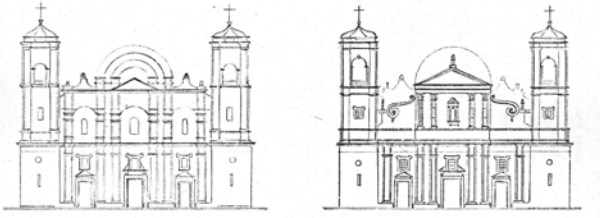


Figura 2. Izquierda: Catedral de Zipaquirá antes de su restauración; Derecha: Catedral de Zipaquirá - proyecto de restauración.

convierten al llegar al tímpano en roscas o molduras salientes que, a mi juicio, acentúan la pesantez del tímpano. Las calles intermedias están rematadas por unas especies de acroteras, cuya presencia no revela otra cosa que desconcierto y total desconocimiento del tema.

Después del detenido análisis de la fachada y de establecer una filosofía básica en lo que respecta al pensamiento arquitectónico de Petrés, llegué a conclusiones muy precisas, las cuales constituyeron la esencia misma de mi proyecto, tal como puede apreciarse en el esquema adjunto. Dichas conclusiones son las siguientes: (Fig. 2).

1. Respetar, en primer lugar, el primer cuerpo de la fachada, el cual parece estar mucho más de acuerdo con el pensamiento de Petrés que el resto del actual frontis. Sólo se sugerirán algunas modificaciones en detalles de terminación y remate de las obras de cantería.
2. En segundo lugar, sugerí desmontar el tímpano semicircular y los remates con acroteras, cosa ya realizada en su etapa de demolición. Las razones para ello son las siguientes:
 - a. Descargar el peso de la fachada.
 - b. Desbaratar una solución totalmente inarmónica, ajena al espíritu estilístico del neoclasicismo, y además, rechazable por antiarquitectónica, de vivir el propio Petrés.
3. En tercer lugar, sugerí diseñar nuevamente el tramo

central, con base en un frontón triangular sobre cuatro pilastras corintias, a las cuales se les anexaron sus respectivas retropilastras. La unión entre dicho cuerpo central y las dos torres se logró mediante dos cartones avolutados, rematados en sus extremos por dos pirámides herrenianas. Hubiera querido bajar un tanto más los cartones laterales, pero la actual posición de la cubierta lo impidió. El frontón central llegó hasta una altura intermedia en el tercer cuerpo de las torres, lo cual permitió que ellas seguramente ajenas al espíritu petresiano se aligeraran un tanto. En cuanto a la decisión que tomé de usar el orden corintio y no el jónico en el segundo cuerpo de la catedral tal como lo hubieran indicado los cánones neoclásicos, la basé en el propio diseño de Petrés para su segundo cuerpo de la catedral santaferña, en donde utilizó, sin remordimiento alguno, dicho orden.

4. Finalmente, en lo que respecta a las actuales torres, erigidas mucho después de fallecido Petrés, su forma y detalles arquitectónicos no concordaban muy bien con el espíritu inicial. Sin embargo, la descarga de las torres para reemplazarlas por otras mejor diseñadas, representaba una inversión de tal naturaleza, que no me sentí capaz de proponer dicha solución, dadas las precarias condiciones económicas de la diócesis. Resolví, entonces, mejorar las condiciones actuales, mediante un nuevo diseño del molduraje arquitectónico, lo cual benefició notoriamente la

situación. El aumento en las proporciones de los vanos fue otro factor también de mejoramiento armónico.

EL INTERIOR DE LA CATEDRAL

La planta conforma un rectángulo básico de tres naves de la misma altura, o sea, el clásico «tipo salón»; crucero visible solamente en planta, ya que no existe cúpula, quizá debido a dificultades de tipo constructivo durante la época en la cual Petrés ya no vivía; brazos del crucero en forma absidal; pilares cruciformes dotados del orden completo, de acuerdo con francas influencias de Siloé; y finalmente, ábside para el altar principal en la capilla mayor. La cubierta se logró en dos faldones y los tramos en el interior comportan bóvedas, de crucería en la nave central, brazos del crucero, capilla mayor, y las dos sacristías y baídas en las naves laterales. El crucero mismo, quizá pensado para cubrirse con cúpula, ostenta hoy una bóveda cupular de planta circular.

La proporción entre el ancho del pilar y los de las naves laterales y central corresponde a una serie aritmética de 1:3:4, la cual habría conformado la clásica proporción 1:2:3:4, de haberse construido capillas hornacinas entre los contrafuertes, tal como en Chiquinquirá y Santafé. Seguramente, ya en el siglo pasado y por causa de la aguda escasez de dinero, las capillas hornacinas se eliminaron, construyendo los

muros perimetrales ligeramente rehundidos del plomo de las pilastras. La relación entre el ancho en la nave central y la altura, medida en la clave de la bóveda, corresponde a una proporción ligeramente superior a 1:1,5. Finalmente, el rectángulo que conforma cada tramo en la nave central tiene una proporción de 1:2, y en las naves laterales de 1:1,5.

Estas características corresponden pues, punto más, punto menos, a ese modelo de catedral hispana del cual ya hablamos, iniciado en 1528 por Diego de Siloé en la catedral de Granada, perfeccionado según el decir de Mario J. Buschiazzo en la de Jaén obra de Andrés de Vandelvira, comenzada en 1540, viniendo a ser algo así como un modelo o prototipo para las catedrales de América.

El enlucido que actualmente recubre sus paramentos interiores es realmente denigrante para el espacio del templo, especialmente, para esa concepción del prototipo de catedral hispana. Los colores chillones y los dibujos y recuadros que han sido pintados, crean un clima de mal gusto verdaderamente insoportable. Desgraciadamente, los materiales utilizados para muros y pilares no son exclusivamente de piedra, como es el caso en Bogotá, según reciente descubrimiento, sino en cantería mezclada con ladrillo, de manera un tanto caprichosa y sin seguir un cierto y determinado ritmo, o sea, en forma que permitiese su descubrimiento. Sólo resta restañar las heridas del enlucido y



Figura 3a. Catedral de Zipaquirá - vista del coro.

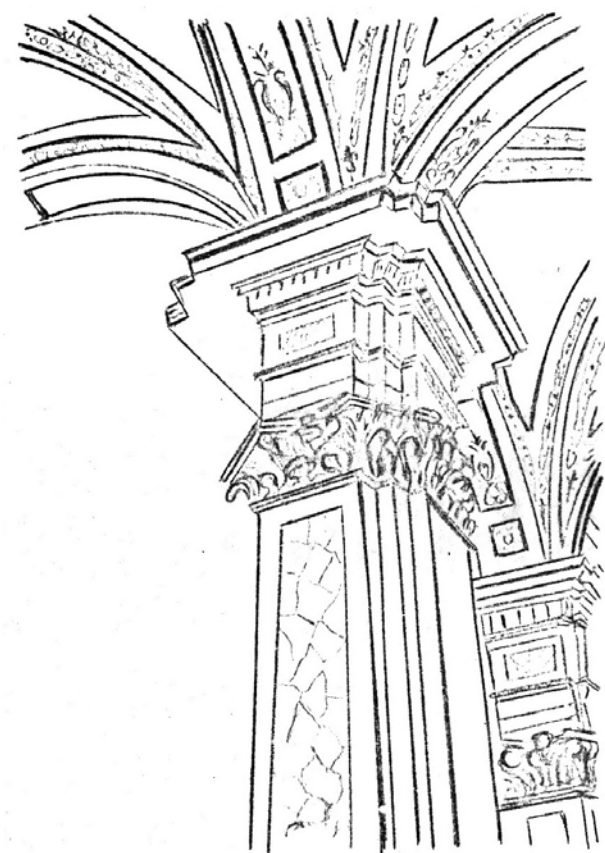


Figura 3b. Catedral de Zipaquirá - detalle de un capitel y entablamento.

pintar de blanco, lo cual va a suceder en muy pocos días. (Fig. 3). Comparando los diseños de las tres catedrales petresianas, tal como aparece en el diseño anexo, nos encontramos con algunos hechos interesantes, los cuales merecen ligera detención. En primer lugar, la de Zipaquirá es la más chica de todas con sus 2.100 m²; viene luego, en orden ascendente, la de Chiquinquirá con unos 2.600 m². Finalmente, la de Santafé, su última obra, resultado de sus anteriores experimentos, comporta, en área útil y neta cerca de 4.000 m².

En segundo lugar, la de Chiquinquirá se acerca más al modelo original de Siloé, especialmente por lo que respecta a su capilla mayor incrustada en un espacio que tiende a recordar la admirable girola de la cabecera granadina, una de las sorpresas más extraordinarias que sean susceptibles en lo arquitectónico, según palabras del arqueólogo e historiador español don Manuel Gómez Moreno.

En cambio, las catedrales de Zipaquirá y Santafé siguen más de cerca el rectángulo que Siloé no pudo lograr en Granada, debido al pie forzado inicial, o sea, la existencia, a su arribo, de un muro curvo iniciado por Enrique de Egas con intenciones gotizantes. El rectángulo, por su parte, corresponde más al modelo perfeccionado por Vandelvira en Jaén, ampliamente repetido en el continente americano. Valga el caso de Puebla, Lima y el Cuzco, obras en las cuales se siente palpitar el genio de ese arquitecto extremeño, mejor, español, Francisco Becerra, que en pleno siglo XVI logró traspasar en forma admirable a nuestro

continente, el más acendrado espíritu de un refinamiento arquitectónico, inmenso en el manierismo escurialense entonces en boga.

Comparando las dos últimas catedrales: las de Zipaquirá y Santafé, cabría la posibilidad de considerar con base en fechas, formas y espacios de ambas que Zipaquirá sirviera, a manera de experimento, para el desarrollo de la catedral santafereña. Al fin y al cabo, la construcción de la capilla del Topo y la sacristía de la Catedral de Bogotá se comenzó mucho antes de la fecha en la cual se iniciaron las obras a que hoy me refiero. La tercera catedral de Santafé andaba muy maltrecha y se hablaba ya de su reconstrucción y es seguro que Petrés, para ese entonces, se ilusionara acerca de la posibilidad de erigir dicha obra, la cual conformó, como es sabido, la cuarta catedral metropolitana de la ciudad de Bogotá.

Salvando quizá la forma absidal en los brazos del crucero zipaquireño que, por lo demás, no aparece en Santafé, los espacios se asemejan bastante, el sistema de pilares es casi el mismo y las proporciones más importantes son idénticas. Todo ello parece confirmar esa hipótesis del trabajo que me he permitido formular, la cual, bien es cierto, no ha logrado aún ninguna confirmación documental. Sólo en el reino de lo gráfico cabe moverse, por lo menos por el momento.

A MANERA DE EPÍLOGO

Los anteriores datos, expuestos muy a la ligera, no tienen otra intención que la de exaltar los valores, un tanto ocultos si se quiere, que posee la catedral de Zipaquirá. He querido igualmente, demostrar que esta obra merece con creces formar parte del patrimonio histórico-artístico neogranadino, bien desconocido por cierto, no sólo en el continente iberoamericano sino, lo que es más triste aún, hasta hace poco, en su propio territorio. Afortunadamente, crece a ojos vista el interés por la conservación de los monumentos y las obras de arte. Cada día aparecen nuevos estudios sobre ellos, se palpan, sin duda alguna, aires de transformación, los cuales prometen mejores días. Sólo nos queda el dolor de no haber visto brillar años antes esta situación. ¿Cuántas tragedias se hubieran evitado, cuántas demoliciones no hubieran tenido lugar y cuántos exquisitos monumentos que hoy lamentamos, estarían aún erguidos?

Pero seamos objetivos. Contentémonos con el material que a la mano tenemos y sepamos hacer buen uso de él. Tratemos de adoptar esa máxima que dice: «más vale prevenir que lamentar». Ojalá ejemplos como el que hoy traigo a cuento, la actual restauración que sufre la catedral de Bogotá, también en plan de «higiene estética», la de la Casa del Fundador de Tunja, auténtica casona del siglo XVI, y algunos otros casos que no menciono en aras de

la brevedad, nos sirvan de motivación, de ejemplo patente sobre lo que puede y debe hacerse con ese gran tesoro que es el patrimonio monumental hispanoamericano, del cual el actual territorio colombiano posee una buena y muy valiosa parte.

Carlos Arbeláez Camacho